

## LA LEY

La echaba de menos.

Ahora, en las sombras de la casa, en la penumbra de la noche, pero también en las mañanas de sol, en los días con lluvia. La echaba de menos en las plazas de esta ciudad que se hunde, en sus callejuelas, en los rincones oscuros, pero sobre todo, en esta habitación, en estas paredes desnudas que ya no guardan su aliento, que ya empiezan a olvidar su figura, en estos suelos que ya no recuerdan el ruido de sus pasos.

Jonás mira por la ventana y la calle le devuelve el estruendo familiar del silencio. Como invocada por su mirada, una farola parpadea, afianza su luz y consigue borrar la oscuridad en su fragmento de noche. Todo parece normal, piensa, cotidiano, incluso. Pero Jonás sabe que no es así. Allí esta la noche, y la ciudad, y la gente, probablemente durmiendo en sus casas, en sus camas. Pero Jonás sabe. Todos lo saben.

Un día el sol había salido un poco más tarde. Nadie le dio importancia. Jonás y Nela tampoco. Desayunaron en ese mismo saloncito, con su balcón a la calle, a esa porción de esquina y acera. Tomaron café y untaron tostadas con mermelada. A él se le cayó el cuchillo y, por un segundo, pareció que la ley de la gravedad había sido derogada: el cuchillo se quedó allí, flotando en el aire, como sostenido por un hilo invisible, dejando boquiabierto a Jonás para, al segundo siguiente, plegarse a los dictados de la lógica y alcanzar el suelo con el tintineo acostumbrado. Nela no vio el vuelo del cuchillo y Jonás no se atrevió a comentarle algo que le hacía dudar de su buen juicio. Nela se despidió con un beso cálido y húmedo, como todos los días, y corrió, como siempre, para llegar tarde a los ensayos de la coral donde cantaba.

Ahora, en el silencio de esta habitación sin café ni tostadas, en esta noche sin luna, Jonás cree por un momento que puede oír la cantar, y levanta la cabeza como un perro olfateando el aire, buscando una presencia que imagina pero no ve, intentando recordar el aria que ensayaba hace solo unos días y que ahora se resiste a volver a su memoria. Pero oye su melodía, como un susurro, como un tarareo sin letra, suave en la noche como el ronroneo de un gato, como una caricia amarga.

Los primeros indicios pasaron desapercibidos para casi todos: pequeñas cosas que no pasaban como era de esperar, ligeras anomalías que se corregían en breves espacios de tiempo. El mundo vegetal fue el primero en experimentar el cambio. En los jardines, las flores empezaron a crecer hacia abajo, sacando las raíces al aire y dejándose mecer por el viento, los árboles se tornaron de un color gris ceniciento y sus ramas, perdidas las hojas o convertidas en afilados y deformes garfios, se retorcieron sobre sí mismas en espirales imposibles. Se buscaron todo tipo de explicaciones al fenómeno, se habló de cambio climático, de envenenamiento de las aguas, de radiaciones y de quien sabe que más, pero fuera lo que fuera nadie logró encontrar un modo de que árboles y plantas volvieran a sus formas habituales. Los frutales inventaron nuevas formas de veneno, las cosechas se perdieron. Corrió el rumor de que algunas plantas habían devorado a un perro y nadie se atrevía ya a cultivar la tierra, temeroso de los horrores que esta pudiera escupir.

Los fenómenos no se detuvieron aquí. Las leyes de la física dejaban de tener sentido cuando no se cumplían en todas las ocasiones. Algunos animales enloquecieron y se tornaron salvajes. Las estaciones comenzaron a variar alternando climas extremos y

opuestos en cuestión de días. Se barajó la posible teoría de que la Tierra se había desplazado de su eje de rotación y que vagaba ahora en el espacio sometida a otras leyes todavía desconocidas. Un ejercito de físicos intentaba elaborar teorías de como iban a ser las cosas a partir de entonces pero cada nuevo día nacía una teoría que no podía mantenerse a la caída del sol. Y, pese a todo, Nela seguía cantando.

El ser humano. El más fuerte de todos los seres vivos. Probablemente por su capacidad de adaptación, o quizás por ser ciego y sordo con todo lo que no sea él mismo. Expuestos a unos hechos que no podían comprender, los hombres no intentaron luchar contra ellos. La resistencia fue corta y, tras un periodo de perplejidad, el hombre decidió hacer lo único que sabía: enfrentados a una realidad que no podían cambiar, decidieron legislar. Con el fin de aprovechar esta nueva naturaleza, surgieron todo tipo de leyes nuevas para intentar dotar de sentido a la vida, a una vida caótica que se escapaba de los límites de lo medible y que convertía en rutina lo impredecible.

La fuerza de la costumbre se impuso. Las catástrofes naturales que mermaban la población del planeta con inusitada regularidad se convirtieron en cotidianas pero, los que sobrevivían, continuaban con sus vidas como si nada ocurriese, cerrando los ojos y tragando las lágrimas.

Jonás y Nela se refugiaron el uno en el otro. Intentaron conservar sus rutinas con uñas y dientes: café, tostadas y mermelada (todavía les duraban las conservas) el beso de despedida y los ensayos de la coral.

La ley.

Jonás conocía la ley.

Hubo un terremoto. Uno más. Otro más.

El teatro de la Opera se abrió por la mitad. Sus cimientos se resquebrajaron. Como si la tierra se hubiera despertado con hambre, mandíbulas de cemento trituraron moquetas y butacas. Lo que había sido un entramado de tubos de hierro para disponer luces y focos se clavaron sobre el escenario, convirtiendo la coral en un enrevesado amasijo de carne y metal, cambiando canción por gritos.

Llamaron a Jonás y le enseñaron a Nela: Su frente amoratada por un golpe, el cuerpo cubierto de costras de sangre y la horrible herida que le seccionaba parte del cuello y que terminaba sobre su pecho derecho. Lo sostuvieron para que no se desmayara, luego le dejaron sentarse y llorar. Cuando sus lágrimas se secaron, un oficial de policía le leyó la ley.

Jonás la conocía.

Pero no podía cumplirla.

Los llevaron a su casa en una ambulancia. Dejaron a Nela en su cama y a Jonás en el saloncito, con un maletín en el regazo. El quería cumplir la ley. Toda su vida había cumplido las leyes. Si las leyes no se cumplían todo dejaba de tener sentido. Eso y no otra cosa es lo que le había pasado al mundo. Las leyes de la física habían dejado de

cumplirse y todo se había convertido en un caos de locura y destrucción. Las leyes estaban para cumplirse. Incluso las de los hombres.

Miraba a Nela y no la veía. Sus heridas enmascaraban lo que ella había sido. Para Jonás todavía estaban allí esos labios húmedos del beso del desayuno, esa sonrisa cálida, esa caricia que era su cuerpo, ese baile que era su movimiento, esa luz que era su voz...

Pero estaba la ley.

La echaba de menos.

Abrió el maletín. No tuvo fuerzas para sujetarlo, se le escapó de las manos rebotando contra el suelo con un ruido sordo y metálico. Una sierra mecánica de mano sobre las baldosas y las palabras del oficial de policía en su mente, haciendo un ruido todavía más desagradable...

"....Según lo dispuesto en la ordenanza general y en cumplimiento de la ley 258/17 del código civil, el pariente más cercano de la persona fallecida adquiere la obligación..."

Jonás mira por el balcón a la calle oscura. ¿Le ha parecido ver una sombra o es otra vez esa farola que ha vuelto a apagarse?.

"...de seccionar la cabeza y las extremidades del cadáver y proceder a su enterramiento en el plazo máximo de dos días a partir del fallecimiento, procediendo con posterioridad a dar notificación en el registro de..."

Oye un ruido. No es una canción pero Jonás sabe. Ella ha vuelto. Gira la cabeza con lentitud, como temiendo que sea una ilusión, o tal vez que su mirada la asuste. Allí, en el umbral de la puerta, una silueta. Jonás no enciende las luces. Sabe que Nela es coqueta, sabe que se preocupa por su aspecto, sabe que ha vuelto de noche porque le da vergüenza que la vea desfigurada por las heridas. También sabe que ya no podrá volver a cantar y que el sonido que lo ha hecho volverse es el gorgoteo de la sangre donde antes tenía su garganta. Jonás quiere creer que ha intentado decir su nombre y se emociona sólo con pensarlo y las lágrimas parecen querer asomarse a sus ojos pero las contiene. Ella ha vuelto. Como todos. Todos volvían.

Al principio se asustaron. Los muertos volvían a la vida unos días después de haber fallecido. Volvían a sus casas, con la mirada perdida, como si fueran partícipes de una realidad paralela que no alcanzamos a ver, buscaban a sus seres queridos y los mataban. Luego se quedaban junto a ellos y esperaban que volvieran. No querían estar solos. Así las cosas, era necesaria una ley para reestablecer el orden y velar por el bien común.

La ley.

La echaba de menos. Pero ahora estaba allí otra vez. Con él. Juntos.

Aunque es de noche, sobre la mesa hay café y tostadas. Y mermelada.

Nela se tambalea. Avanza un paso y se hace perceptible el chapoteo de la sangre en sus heridas, el goteo oscuro sobre el suelo limpio. Jonás la mira con cariño, con esperanza. Sabe que las cosas van a ser distintas pero ahora siempre son distintas, cada día es diferente, no hay normas donde agarrarse, no hay seguridad, no hay rutinas...

Las manos de Nela ensayan una caricia en el rostro de Jonás, pero dejan el rastro rojo del arañazo.

Volveremos a estar juntos, piensa Jonás, y se vuelve para recibir el beso de Nela.

Garras y dientes.

...porque no hay leyes.